

Mauricio Beuchot (2014). *Charles Sanders Peirce: semiótica, iconicidad y analogía*. México, Editorial Herder.

Quizá por ser de tan reciente aparición, este libro de Mauricio Beuchot puede ser catalogado, si tal catalogación es posible, en el periodo más crítico y didáctico del autor, en el sentido en que forma parte de una serie de obras que el autor ha dedicado recientemente al pensamiento de figuras prominentes de la semiótica y de la filosofía del lenguaje (por ejemplo, su libro sobre Wittgenstein, publicado por la misma editorial), las cuales siempre contienen, además de una exposición de la obra del autor tratado, una revisión minuciosa de dichas ideas a la luz de la teoría hermenéutica analógica del propio Beuchot. Este ejercicio parecería de autoanálisis, pues si miramos su primer libro, *Elementos de Semiótica*, publicado por primera vez en 1979, veremos que vuelve de manera recurrente a varios autores, extrayendo cada vez nuevas conclusiones.

Así, esta obra sobre Peirce se encuentra íntimamente ligada al pensamiento y a la obra beuchotiana, y resulta muy importante ver de qué forma el pensamiento hermenéutico de Beuchot tiene una sólida base en la filosofía peirceana. Por otro lado, resulta muy interesante la exposición e interpretación que Beuchot hace de Peirce.

El libro abre con una pequeña nota biográfica, para después abordar la propuesta semiótica peirceana. Beuchot apunta desde el principio la estrecha relación entre la semiótica y la lógica, y nos recuerda que Peirce la concibe para dar otro nombre a la lógica “o doctrina cuasi necesaria o formal de los signos”. En el primer capítulo expone el programa semiótico de Peirce, desde la definición de signo hasta la exposición de cada uno de sus correlatos, después considera la división que hace de los signos, según las tres tricotomías. La exposición de Beuchot es

sucinta, aunque da una buena panorámica. Sin embargo, llama la atención que no dedique más tiempo al problema de los signos genuinos y degenerados, sobre todo porque en el problema de las degeneraciones se encuentra un punto importante a favor del realismo peirceano. En “Tricotomía”, el propio Peirce apunta: “Si la terceridad es degenerada en primer grado, el signo media entre el objeto y la mente en virtud de conexiones dinámicas con el objeto por un lado, y con la mente por otro. Ésta es la única clase de signo que puede demostrar la realidad de las cosas” (Peirce 2012: 324). Vemos entonces, que el problema de los signos degenerados se vincula no sólo con el realismo peirceano que impactará en el pensamiento de Beuchot, sino, también, con el asunto principal del libro: la iconicidad en su vertiente de analogía.

Por otra parte, es precisamente la elección de resaltar ciertos aspectos de la teoría peirceana lo que constituye el valor de este libro. Lo verdaderamente interesante es la interpretación que Beuchot hace de Peirce y, por ende, la lectura del pensamiento peirceano que emplea para vertebrar su propia teoría. Por momentos parece que la interpretación de Beuchot es ella misma analógica, y el mejor ejemplo de esto es precisamente el empleo que hace de la tríada ícono-índice-símbolo.

Expone la metafísica de Peirce y presta atención a sus “categorías”, calificadas como faneroscópicas o cenopitagóricas, pero que, en última instancia, son categorías en el sentido aristotélico de la palabra y por tanto se refieren a modos de ser: primeridad, segundidad y terceridad.

Beuchot sigue a Peirce cuando, retomando la clasificación de los signos desde el punto de vista de la relación entre objeto y representamen, ubica al ícono en la primeridad, al índice en la segundidad y al símbolo en la terceridad. No obstante, luego subvierte el orden de dicha clasificación y ubica al índice y al símbolo en los extremos y al ícono en medio. La tríada beuchotiana, no es, pues, ícono-índice-símbolo, sino índice-ícono-símbolo. Esto puede parecer una mera sutileza, pero en realidad presenta una consecuencia teórica importante.

Para Peirce, el ordenamiento de la tríada ícono-índice-símbolo responde precisamente a los modos de ser: un ícono actúa mediante semejanzas y cualidades, que, empero, se encarnan en decisignos y en consecuencia, al encarnarse, se ubican en la segundidad: en el terreno indicial. Hace falta únicamente recordar el ejemplo de índice que da

Peirce en una de las cartas a Lady Welby: “una veleta es un índice porque indica, mediante una relación del tipo causa-efecto, la dirección del viento, sin embargo, al orientarse en la dirección en la que sopla el viento, se parece a éste último, y por lo tanto se asemeja a él; un índice involucra, o presupone, a un ícono” (Peirce 2012a: 383). No puede haber un mecanismo de representación indicial sin que en la base de éste se encuentre un mecanismo icónico —esto mismo ha sido señalado por Terrence Deacon (1997), quien ha trabajado los problemas del origen y evolución del lenguaje desde un marco peirceano—. Lo mismo ocurre para los símbolos. Cada modo de representación presupone al anterior; no se puede recuperar una referencia simbólica sin antes haber construido un mecanismo de representación indicial

En Beuchot, el énfasis está puesto en los *modos* de significar y no propiamente en los procesos semióticos que cada clase de signo supone. Siguiendo su herencia escolástica, el autor distingue entre univocidad, equivocidad y analogía, como modos de la significación, para después empatar cada uno de estos modos con la tríada peirceana. Así, al índice le corresponde la univocidad, pues es una relación que lleva inequívocamente del representamen al objeto (por ejemplo: del humo al fuego). El símbolo corresponde a la equivocidad, pues puede ser multívoco y pueden existir varios representámenes para un mismo objeto, o viceversa. Por último, según Beuchot, el ícono es el signo análogo, ya que conserva rasgos del objeto que vendrían a ser rasgos indiciales, a la vez que incorpora rasgos que son, de suyo, simbólicos o bien, equívocos.

La elaboración de la propuesta de interpretación de Beuchot está muy bien fundada. Él mismo señala que para Peirce el ícono coincide con el signo formal de los escolásticos. Esta clase de signo en la filosofía escolástica en realidad posee una particularidad: a saber, es eminentemente *intencional* y, por ello, supone la unión del objeto y de las facultades cognoscitivas mediante las que el objeto es aprehendido (es decir, es en primera instancia una entidad psíquica, pero todo pensamiento intencional: es *sobre algo*). Supone una especie de analogía, según Beuchot, en tanto presenta una síntesis entre dos polos, el objeto representado (o presentado a las facultades cognoscitivas) y las propias facultades cognoscitivas. Es por eso que nuestro autor califica al ícono, aun desde la óptica de Peirce, como el signo más perfecto, porque es

un signo *en el que se conoce* —y no mediante el cual se conoce— al objeto representado. De esta forma, se ve en qué sentido la tríada que construye Beuchot se aleja de la originalmente postulada por Peirce. En Beuchot, se puede ir a lo más unívoco desde el ícono, que es el índice, o a lo más equívoco, el símbolo, pero se desdibuja la relación de inclusión en cuanto a los procedimientos semióticos que involucra cada una de dichas clases; sin embargo, su tríada conserva un cierto énfasis en cuanto a las relaciones entre representación y conocimiento.

Es en este sentido que Beuchot entiende la iconicidad peirceana, y es ésta la forma en que la conecta con la analogía. Al ubicar al ícono en medio del sujeto cognoscente y el objeto de conocimiento, y presentarlo como síntesis del proceso cognoscitivo, se puede hablar del ícono como mediador o como análogo. Precisamente, porque se encuentra en medio de la univocidad del índice —que presenta al signo como representamen de un único objeto y al símbolo como posible representamen de varios objetos—. De esta manera nuestro autor conecta el pensamiento peirceano con su propia propuesta teórica.

En este libro, Beuchot presenta una lectura de Peirce, fundamentada en el amplio conocimiento que posee de la filosofía escolástica, aspecto que comparte con el genio norteamericano, pero, además, es una lectura realizada desde la propia óptica hermenéutica del autor. Las conexiones entre iconicidad y analogía, si bien pueden no parecer obvias en la obra de Peirce, son presentadas mediante un procedimiento de argumentación riguroso, que descansa en el importante giro que hemos mencionado antes y que cabe preguntar: ¿hasta qué punto es una labor exegética o una continuación fiel a las ideas peirceanas? Es, precisamente, por esto que calificábamos la interpretación de Beuchot como analógica —en los propios términos que el autor ha definido, pues no se queda en la literalidad, al seguir al pie las ideas de Peirce, pero tampoco se aleja desmedidamente de ellas—. De cualquier forma, es preciso destacar que el texto que presenta es valioso porque abre la discusión sobre nuevas formas de entender a un clásico de la semiótica y, por último, porque constituye un ejemplo de la puesta en acción de los principios que Beuchot ha establecido desde su trinchera hermenéutica.

*Bibliografía*

DEACON, Terrence William (1997), *The symbolic Species*, W. W. Norton and Company, Nueva York.

Pierce, Charles S. (2012). *Obra filosófica reunida*, t. 1. México: Fondo de Cultura Económica.

— (2012a). *Obra filosófica reunida*, t. 2. México: Fondo de Cultura Económica.

EUGENIO ISRAEL CHÁVEZ BARRETO